

Después del Congreso...*

Aún no se habían enfriado los micrófonos del congreso y ya se oía, por las calles de Moscú, el rumor de las batallas que aumentaba y terminaba explotando en los mítines. Aún no se habían alejado los diputados y ya se oía una ola de enjuiciamientos sobre lo que no había sido; que no era ése el congreso, qué era lo que se quería, que cuáles habían sido los pasos prácticos, y que dónde estaban los resultados.

Continuando la línea de la XIX Conferencia del partido, el primer Congreso de los Diputados Populares, como órgano del poder popular, fortaleció las bases de la reforma política. Lo que sucedió en el verano del año pasado fue todavía vacilante; en el verano de 1989 fue más firme. Pero una vez más no estamos plenamente conformes. De aquí la crítica al congreso. Pero si vemos con claridad es un enorme paso hacia adelante, ¿o no? Sobre esto trata el artículo de O. Poptsov y I. Kliamkin.

El congreso que tanto se esperaba había pasado por encima de las esperanzas y terminó en la misma situación que quien debe explicarse, justificarse, lavar los restos de las decepciones. La situación no es extraña, pero sí poco común. Más aun cuando de lo que se trata no es de un congreso como tantos pasados, donde el entrenamiento psicológico (aplausos explosivos y continuados) alternaban con la gimnasia productiva de los delegados (todos se levantaban), sino del primer congreso de diputados populares, que fueron elegidos como alternativa. No todos, claro, pero sí la mayoría.

* Oleg Poptsov, *Moskovskie Novosti*, núm. 27, Moscú, 2 de julio de 1989.

Otros rostros. Un plano enorme. La sala en general. Nosotros sufrimos el congreso, y a pesar de que muchas cosas no son como debieran no debemos descartarlo. Este congreso da testimonio de los cambios, no del mismo poder pero sí de lo que lo rodea.

La insatisfacción que mostraron los diputados después del congreso, al participar frente a los electos, en los periódicos y en la televisión, es normal. Esa insatisfacción lógicamente estaba determinada por el curso de las campañas electorales. ¿Por qué? Es más fácil decir que las transformaciones democráticas y mucho más nuestros triunfos tienen que entenderse y valorarse. La campaña preelectoral fue un experimento democrático que se realizó en las condiciones de un sistema unipartidista. La preocupación del partido para que los diputados partidistas no se refirieran a sus monólogos preelectorales, fue antes que nada, una cosa común. Muchos de los programas del partido deberían haber creado la sensación de multipartidismo aun cuando no existiera. Así sucedió. Fuimos testigos de una situación histórica única: Se disponía de los resultados del congreso antes de que se reuniera el congreso. En el mundo de los sistemas multipartidistas el programa de los candidatos se mantiene en el campo magnético de la plataforma que ellos representan en las elecciones. Nosotros vivimos otra situación. Los programas de los futuros diputados estaban orientados, no a las imposibilidades de la sociedad ni a la concepción de una u otra organización (éstas fueron concepciones que quedaron sin pronunciarse) sino a la insatisfacción de la sociedad

con la incapacidad personal frente a los infinitos problemas sin resolver. El candidato en lucha por el mandato dirigió un juego de Bidzhe de las esperanzas, los horizontes de los cuales siempre fueron más ilimitadas que la realidad. ¿Se puede culpar por entero de esto a los diputados? No. Porque las fronteras de la realidad durante muchos años fueron determinadas, en nombre de la sociedad, por el aparato burocrático que tenía el derecho de elaborar los modelos de los diputados populares.

Cuando la democracia, después de su ausencia de años, se torna una realidad para la sociedad, durante largo tiempo el comportamiento de la gente, en las condiciones de un medio político desconocido, será irreal. Eso es natural. Es absurdo enjuiciar a una persona por haber violado las normas cuya existencia no sospechaba. En la época anterior al congreso la introducción de los cambios era tan necesaria como el aire. La economía luchaba como lo hace actualmente. Esa economía de déficit conmovió a la sociedad, y se necesitaba una compensación. Naturalmente, la campaña preelectoral y su originalidad encendieron las pasiones que de inmediato se reflejaron en cambios activos, sin profundizar en análisis detallados de la existencia de los programas presentados. Este paso fue condicionado por la situación. Antes de las elecciones resultamos ser más democráticos que las democracias, más prestigiadas. Cada candidato tiene su programa personal. Él es su dueño. Ellos tienen su computador personal y nosotros un programa personal. No hemos sido mimados por el éxito, un poquito del cual nos resulta muy importante. Como consecuencia, las esperanzas de los elegidos se presentaron al congreso. Cada elector se acomodaba frente a las cámaras de televisión y se ponía a esperar la realización de sus deseos; esto no es una cosa sencilla ni es un romanticismo. Los diputados comunicaban que de ser elegidos podrían hacer algo. Esa carga de optimismo mítico de yo decidiré, yo exigiré, yo cambiaré, yo podré, se hacía más pesada con las miles de llamadas telefónicas y cartas. Además de eso, él mismo tenía su propia excitación: En nombre de mis electores, frente a mis electores, como si los electores se hubiesen convertido en un ejército personal de legionarios a los cuales el diputado estaba preparado a lanzar, en cualquier momento, a un reducto inexpugnable. Esto no es una imagen, sino una táctica real del diputado en el enfrentamiento con el poder legislativo.

Por cierto que nuestra insatisfacción tenía otras

causas. Al proceso actual, con facilidad poco común, lo llamamos revolución. En ese proceso se nota nuestro genesiaco apego al énfasis. Sí, este proceso es revolucionario en el sentido de que toca dos momentos esenciales de cualquier revolución: los problemas sobre el poder y la propiedad. Toca esos momentos pero no los refuta, no los hace explotar. Hablamos no sobre la transferencia del poder, lo que llevaría a una situación de choque al aparato partidista, sino sobre su redistribución. No creamos un nuevo sistema socio-económico, no construimos todo a partir de cero (por cierto que ya hemos hecho mucho, construimos mucho y mal), sino que llegamos al camino, que no vemos, de una reconstrucción económica radical. Es el mismo camino por el que, desde mediados de la década de 1960, pasaron todos los países desarrollados; en Japón, en Estados Unidos, en los países de Europa Occidental. Sencillamente, en nuestra locura propagandística, a esa Perestroika la llamábamos de otra forma, la llamábamos putrefacta. Como resultado, esos países llegaron a desarrollar una espiral de calidad socioeconómica. Más aún, se ocupaban, no de la reconstrucción científico-técnica, como nosotros hasta ahora lo entendíamos, sino de la socio-económica, sin ignorar los elementos del socialismo, sino utilizándolos activamente.

Así es que el dicho sobre la nueva culpa y los talleres viejos no es muy exacta. En lo principal mantuvimos el paso revolucionario. Ya no podíamos ocuparnos, digamos, del equipo científico-técnico, sino que era necesario que hubiese una revolución científico-técnica, y de esa manera cada uno de nosotros era un revolucionario. Claro que la reconstrucción socioeconómica, por ser esencialmente radical, necesitaba un tirón, sobre todo porque este progreso se presenta evolucionado con la obligada presencia de un modelo intermedio. Por cierto, acerca de la NEP; ahora recordamos muy a menudo la NEP. ¿Pero por qué no decimos que esa NEP, según la idea de Lenin, fue un modelo intermedio y provisional? En ese sentido los pronósticos de los economistas que dicen que para salir de la crisis se requieren de cinco a ocho años no son exactos. Los cálculos se hacen de acuerdo con las normas de la reforma económica, y nadie toma en cuenta que al mismo tiempo realizamos una reforma política. Nuestra sociedad nunca tuvo una experiencia parecida, con excepción, se sobreentiende, de 1917. Pero ésta es ya otra historia. Así que la confusión del elector es natural. Pero éste aún esperaba que

empezaran los cambios reales en la política interna del país, ya que un diputado había prometido que el poder quedaría en manos de los soviets y se hablaba sobre la disolución de los *koljoses*; un diputado había dicho: la tierra será de los campesinos. Para expresarlo con palabras de Mayakovski: ¿Dónde están los dirigentes provisionales? ¡Largo! Su tiempo se terminó. ¿En qué medida fue necesario en el congreso el análisis de los programas de los diputados desde el punto de vista de su realidad y de su resonancia socioeconómica y política? ésa hubiese sido una gran lección para el parlamento, para el poder ejecutivo y para los electores. Y no hay que pensar que esto hubiese permitido a las estructuras directivas acusar al cuerpo de diputados de ser diletantes, irresponsables y poco profesionales (lo que tanto se quería), entendiendo por profesionalismo lo reducido de los enjuiciamientos propios, lo poco elevado de ellos, lo que se llama estabilidad, pensamiento a medias tintas, lo que se llama sucesión. Esto no se hizo, ¡qué lástima! ¿Pero qué sucedió después? Los diputados regresaron a sus electores y junto con ellos comenzaron a criticar al congreso pasado dejándole el derecho de defender a los funcionarios partidistas de todos los rangos.

Eso fue lo que sucedió. En otras palabras, muchos de los que no estaban de acuerdo con él, defendieron al congreso. Y ni siquiera por el congreso mismo, sino por el hecho de que se constituyera como se constituyó. El hecho de que no se hubiese hablado sobre una idea no quiere decir que no existiera. Las reformas políticas y la democratización van más lejos de la preparación del pueblo para esos procesos. Más adelante los informales reciben un golpe, otro más las cooperativas y uno más los desórdenes nacionales. Como resultado se dijo que el pueblo no está preparado. Está bien si los diputados que suben a la tribuna dizque para comunicar a los electores su insatisfacción acerca del congreso, recuerdan esas ideas que no se dijeron en voz alta, o se dijeron rápidamente. De otra forma surge de inmediato la pregunta; ¿Quién necesita todavía el congreso de diputados populares? ¿Los que han obstaculizado la democracia o los que como resultado de la importancia de la democracia llegaron a ser diputados del congreso?

¿Hay que defender al congreso? Yo pienso que no, pero hay que entender muy bien qué significa para nosotros eso. La sociedad espera una ley sobre la prensa, sobre la Glasnost. El congreso, con todos sus

errores y su desorganización, habló sobre los parámetros de la libertad de pensamiento, después de lo cual cualquier ley, y más aún la ley sobre la prensa, será medida con los parámetros del congreso. Menos no puede ser. Como tampoco puede ser que en una sociedad haya dos límites de libertad de Glasnost y de apertura.

Es una lástima que durante el congreso el plenum del Comité Central no resultara tan Glasnost como el mismo congreso. Yo soy comunista y ése es mi partido, y quisiera que tales circunstancias no se presentaran, puesto que esto ya nos ha pasado. En cuanto al congreso, propuso otros tipos de diálogo comunicativo, terminó con el camino hacia atrás. A la Perestroika se la puede llamar un periodo de rehabilitación política de la intelectualidad. Nunca antes el diálogo entre la intelectualidad y los dirigentes del país había sido tan natural y constante. Eso es un hecho.

Uno de los dirigentes partidistas regionales, al participar en el plenum unificado de Leningrado dedicado a analizar los resultados de las elecciones, se defendió, yo diría, con la siguiente frase: La intelectualidad demostró que puede luchar a un mismo nivel por los mandatos de los diputados. En esa frase se encuentra toda la historia de las interrelaciones partidistas entre la intelectualidad y los funcionarios. La segunda frase que se oyó ya en el congreso, y que culpaba a la delegación moscovita, fue la de un diputado que comunicó enojado: Ustedes dieron a la directiva la idea de las cooperativas. La sala reaccionó con aplausos acalorados. El regreso del intelecto rechazado, pensé yo, es no solamente un sufrimiento para el intelecto, sino también para aquel que está acostumbrado a su ausencia. Pienso que el congreso fue el primero que habló a plena voz sobre la autoridad intelectual sobre el poder popular. Recordemos esto.

En el congreso hubo minoría y mayoría. Aún no estamos acostumbrados a esos conceptos y nos cuidamos del término oposición. En el congreso también hubo oposición, los desacuerdos prácticamente no tocaron los objetivos; la necesidad de cambios radicales fue aceptada por todos. En cuanto a las vías para lograrlos, el ritmo de los cambios y sus magnitudes, se presentaron diversos acercamientos. Por eso hay que precisar el término oposición. En el congreso hubo una oposición constructiva, cuya opinión la enriqueció.

Por primera vez en nuestra vida social la opinión de la minoría no fue sencillamente oída y tomada en cuenta, como suele decirse, sino que adquirió un carácter de alternativa económica y social. No hablamos de los resultados de las elecciones. El congreso aceptó la importancia de la alternativa.

Es posible que el congreso no crea en ella; para eso se necesita tiempo. Pero no es posible suprimir de la sociedad la existencia de una concepción económica de las repúblicas del Báltico, del grupo moscovita. Cualquier derrota de nuestros pasos económicos, la indecisión, la fe en un dogmatismo ideológico, des-

pierta y obliga a la sociedad a creer en una posibilidad alternativa, y esto es un éxito del congreso.

Dicen que las diferencias de la minoría de los delegados no permitieron lograr más en el congreso. No es así. El aspecto positivo de la opinión de la minoría de los delegados no consiste en su progresividad exagerada, ya que todo es relativo. La minoría no permitió al congreso hacer menos de lo que podía. En eso consiste la razón y la sabiduría del congreso. ¿Y qué hubo más adelante? ¿En vísperas de qué? De todo. En vísperas de otra vida donde la unidad del tiempo tiene un precio quíntuple.

Traducción: Dalia Mendoza